

LA PETITE HISTOIRE_

La baldosa

¿Se han dado cuenta de la cantidad de canciones que nos invitan a movernos hasta abajo? A propósito de las fiestas de fin de año, podríamos hacer una *playlist* y bailarlas todas en una noche. Algunas serían danzas desenfrenadas que lustran el piso –como el *breakdance*– o que “rompen el suelo” –como el *reggaetón*–; otras serían sobre misteriosos asesinatos en la pista. Baile y baldosa son más que una paronomasia, o que un juego de palabras: baile y baldosa han estado juntos hace mucho tiempo.

Por_ Loreto Casanueva

En 1963, la artista italiana Rita Pavone calmaba los celos de su ser amado con una canción compuesta por Bruno Canfora. A diferencia del rock o del *twist*, «*Il ballo del mattone*» se bailaba de a dos, tan *cheek to cheek*, que la pareja apenas se contoneaba en el pequeño perímetro de un azulejo. En Chile, el tema fue versionado por Rafael Peralta: “Solo contigo, mi preciosa, /yo bailo en la misma baldosa”, declaraba su hablante lírico. Bailar en una baldosa era, de alguna forma, sellar un pacto de exclusividad romántica.

Las baldosas *Damero* que ambientan el videoclip de Rita –que combinan tan bien con la moda Op-Art y los trajecitos diseñados por Pierre Cardin o André Courrèges por esa misma época– se hicieron famosas a lo largo y ancho del mundo. Aunque este patrón ya había sido empleado para ornamentar superficies y objetos desde el año 1500 a.C., tanto en Oriente como en Occidente, su empleo se acrecentó hacia los siglos XV y XVII, como da cuenta la pintura flamenca. En ella, el piso de estilo tablero de ajedrez aparece recurrentemente en obras de Johannes Vermeer, en las de tema laico como «*Joven mujer con laúd*» o «*El artista en su estudio*», y en otras de índole religiosa como «*Alegoría de la fe católica*». En todas ellas, los espacios interiores son enmarcados por ventanas y suelos cuadrículados muy bien definidos, casi matemáticos. Como explica el historiador del arte, Ernst Gombrich, esta combinación crea una peculiar ilusión óptica de cercanía, a partir del blanco; y a la vez de lejanía, a partir del negro, que puede explicar por qué este patrón ha significado en culturas diversas, la tensión o el diálogo entre el bien y el mal, lo terrenal y lo ultraterreno, la virtud y el vicio.

Quizás el mármol, la materia prima con la que tantas baldosas tipo *Damero* se confeccionaron en otros tiempos, cimentó su buena fama y las hizo perdurar en el tiempo. En el siglo XIX, gracias a la Revolución Industrial, el material natural fue reemplazado por otros artificiales, como el cemento *Portland*, con el que se confeccionarían las llamadas hidráulicas, un tipo de baldosa hecha a mano a partir de un molde metálico y una prensa. Se elaboraban pieza por pieza, también se pintaban una a una. El



Johannes Vermeer. «*Allegory of the Catholic Faith*», c. 1670-1672, óleo. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

resultado era sumamente funcional así como también decorativo. En su cara visible, cada baldosa llevaba algún motivo: una figura geométrica, una flor, unas grecas. Ensambladas con otra (y otra y otra) generaban hermosos patrones pigmentados con los más variados colores. Estas baldosas se difundieron prácticamente por todo el mundo, en especial en zonas más cálidas debido al efecto frío que proporcionaba el material con que estaban hechas.



Baldosas hidráulicas Hospital Salvador, Santiago de Chile. Fotografía que forma parte del proyecto «*Baldosas de Santiago*» (2014-2016), de Bernardita Brancoli y Joyce Berstein.

En Chile, las primeras muestras llegaron en barco desde su cuna, España. Más tarde, se fundaría una industria propiamente nacional que tuvo su momento de apogeo durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas de estas baldosas perviven todavía en zaguanes e interiores de casas santiaguinas

de fachada continua así como en otros tipos de edificaciones, de bares a ferreterías, de iglesias a peluquerías. El Hospital Salvador, ubicado en la comuna de Providencia, es un caso emblemático. No sólo promovían una mayor sanitización del espacio –por ser más higiénicas y más fáciles de limpiar que la madera– sino que también servían como un sofisticado sistema de señalización de salas que orientaba a las y los pacientes a través de los vibrantes rojos y grises, diseños y letras que coronaban sus superficies. En la era del linóleo y el parquet falso, estas baldosas resisten como pequeños objetos de arte que nos recuerdan que hubo tiempos en donde las cosas se hacían a otro ritmo. 